

PUNTOS CARDINALES

gativos: el Gobierno no retirará de las Cortes la Ley Básica de Empleo, aunque puede aceptar algunas enmiendas obreristas. Hay principios de acuerdo acerca de un plan de inversiones para crear puestos de trabajo y sobre la posibilidad de algunos controles de precios que eviten que el peso de la inflación recaiga sobre las clases obreras. Se piensa que el hecho de que en el Consejo de Ministros celebrado al día siguiente de esta reunión no haya aparecido la subida de los precios de los productos derivados del petróleo se debe en parte a esta conversación. Pero no será más que una maniobra: a la larga, esos precios serán elevados y también los que arrastren con ellos.

La inestabilidad japonesa

Por primera vez un Gobierno japonés, el del liberal-democrático Masayoshi Ohira, ha caído por una moción de censura (socialista) en el Parlamento; ha respondido disolviendo el Parlamento y convocando elecciones generales. Una de las causas que se alegan es el exceso de servidumbre a las presiones de los Estados Unidos: las sanciones a Irán, que perjudican la economía del país, la elevación del presupuesto militar y las nuevas distancias respecto a la URSS, que alteran la balanza política respecto a China, a la que siempre se considera con la desconfianza del enemigo tradicional. Japón es un país de política inestable desde que perdió, con la guerra, el rígido sistema tradicional, la dictadura guerrera y teológica del Emperador: sobre todo, porque el intento de introducir formas democráticas se ha hecho sobre el modelo de los Estados Unidos y sobre la política de los Estados Unidos en toda la gran zona asiática. El occidentalismo es, al mismo tiempo, deseado y rechazado: hay una neurosis japonesa. Todo ello se soporta y se acepta porque ha sido enormemente rentable: la pérdida de la guerra supuso para Japón la entrada en un mundo industrial y científico que ha hecho de él uno de los países más prósperos de la Tierra. Pero esa prosperidad no

parece bien repartida; los sindicatos, los estudiantes lanzan a veces huelgas y manifestaciones de una dureza tradicional, respondida con no menor dureza por la Policía del Estado. En el fondo del malestar social hay, siempre, un antiamericanismo.

Este malestar de fondo se revela en las divisiones internas de los partidos. El del primer ministro cuenta por lo menos con cin-



El primer ministro japonés, Masayoshi Ohira, que ha caído a causa de la moción de censura presentada por los socialistas en el Parlamento.

co tendencias, dirigidas por políticos que mantienen todavía una forma de feudalidad, algunos de los cuales han sido primeros ministros —Miki, Fukuda— y conservan un sentido de la propiedad política. La moción de censura ha sido presentada por el Partido Socialista, respaldado por el Comunista y otros grupos de la izquierda; no hubieran tenido, sin embargo, mayoría de votos de no haber votado contra el Gobierno muchos diputados del partido gobernante: éste tiene en la Cámara 256 escaños y sólo obtuvo 187 votos, mientras la moción de censura se alzaba con 243.

No se espera que las nuevas elecciones —probablemente el 22 de junio— no ofrezcan resultados muy diferentes, ya que las anteriores se celebraron no hace más de siete meses. Pero en esos siete meses se ha producido la nueva política de Carter, el desafío de Irán y las sanciones económicas, la invasión de Afganistán. Los socialistas confían en que todo ello haga perder votos por una parte a los proamericanos —Partido Liberal— y a los comunistas: creen que lo podrían capitalizar en su favor. ■ Fotos: EURO-PA.

LA ENTRADA DE FRANCIA

EDUARDO HARO TECLEN

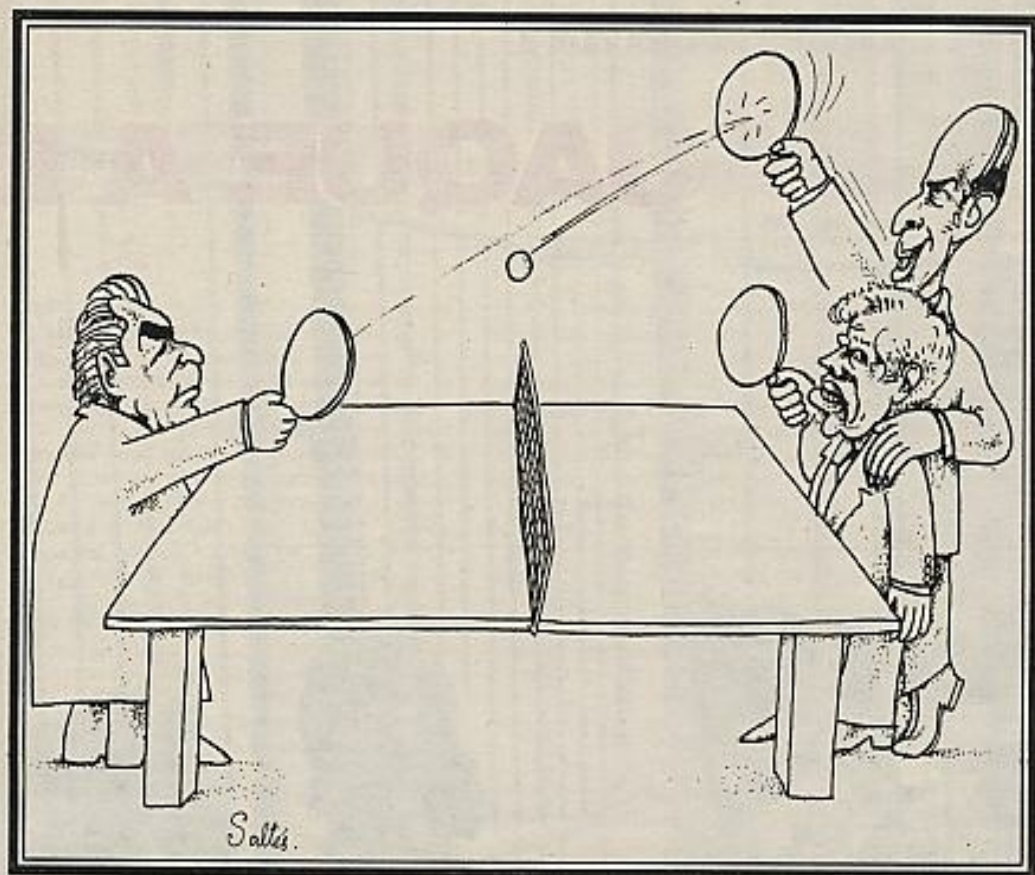
GISCARD y Brejnev, conversando directamente en presencia del polaco Gierak, en la mañana del lunes cerraron de una manera espectacular, dramática, una semana de encuentros, negociaciones y actividades en el filo de la hostilidad entre los Estados Unidos y la URSS. Hasta ese momento el acontecimiento estaba en la reunión de Muskie y Gromyko, ministros de Asuntos Exteriores de los dos países enfrentados, en Viena. Venía cada uno de ellos de una reunión militar y este hecho no es indiferente: mala época aquella en que los jefes de la diplomacia participan en reuniones guerreras. La división de estas dos funciones ha dado buenos resultados en el pasado. Las reuniones de la OTAN en Bruselas y del Pacto de Varsovia en la capital de su fundación han coincidido en el tiempo por casualidad: sus fechas estaban previstas con

mucha antelación (para la OTAN, es la reunión habitual de primavera; para el Pacto, la celebración en el día fijo del XXV aniversario de su creación), pero esa coincidencia ha simbolizado por una parte el erizamiento de los dos mundos que contienden ahora en todo menos en la guerra abierta; por otra parte, por las defecciones en los dos bandos, por los intentos de reducir las condiciones de enfrentamiento. Del Pacto de Varsovia ha salido una propuesta —que llevó Gromyko a Muskie— que no acaba de estimarse: una reunión de Jefes de Estado y de Gobierno de todos los países del mundo para hablar de cómo asentar la paz, cómo ahuyentar la guerra. Algo difícil de organizar, de celebrar y de llevar a buen término: algo demasiado pesado.

Parece que en estos momentos la escenografía y el texto de cada una de estas dos grandes poten-



El ministro soviético de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, con su colega norteamericano, Edmund Muskie, en Viena.



cias nos dan una acción teatral que no tiene por qué responder exactamente a la realidad. El personaje de Carter es el de alguien que considera que el mundo entero está amenazado y que se puede llegar, si el caso lo requiere, a la guerra total porque se está ya dentro del área de la supervivencia, en una situación-límite en la que todo se puede perder si no se actúa con rapidez y con energía; el de Brejnev es el de quien cree que la guerra es el peor de los males posibles, que el armamento nuclear tal como está desarrollado en nuestros días no da la menor posibilidad de salvación a nadie y, por lo tanto, que hay que acentuar y forzar todas las posibilidades de diálogo. Lo importante de estos papeles es que los dos explican ya que la guerra ha dejado de ser el imposible que era hasta ahora y que se ha roto la lógica del equilibrio del terror. Si uno cree que la forma de evitarla es advertir al agresor —siempre el otro— que un paso más puede precipitar la catástrofe y esta actitud toma la palabra *disuasión* como enunciado, el otro trata de movilizar al mundo para que detenga al agresor, y tiene como clave la palabra *détente*. Nadie cree en la pureza de estos textos, nadie cree

en la inocencia de los dos personajes; nadie cree que Carter sea capaz de traspasar la puerta de la paz a la guerra, ni que Brejnev sea capaz de sacrificar intereses de su país que considere decisivos para garantizar la paz. Pero cada uno tiene formas de presión para arrastrar a los otros a su terreno. Muskie ha venido a Europa en nombre de Carter para advertir una vez más a sus aliados que tendrán que pagar cualquier forma de defección para urgir las sanciones contra la URSS, las sanciones contra el Irán y que cualquier apelación a pequeños intereses nacionales no tendrá sentido. Muskie se ha revelado en sus primeras misiones internacionales como un hombre tan duro como Brzezinski; diríamos que como el propio Brzezinski, puesto que es su política de fuerza la que inspira a Carter y la política de todos los Estados Unidos. Mientras la Unión Soviética presiona en el sentido contrario: para conferencias, para hablar, para negociar.

El dramatismo de la reunión entre Giscard y Brejnev en el castillo de Wilanow estaba dado por varias circunstancias: la urgencia, la falta de confirmación oficial hasta el último minuto. Giscard ha tenido que interrumpir

algunas de sus obligaciones —el Presidente de Méjico, López Portillo, visita París en este momento— y su ministro de Asuntos Exteriores, Jean François Poncet, ha abandonado la reunión de los ministros de Asuntos Exteriores de la Comunidad Europea en Nápoles (acuerdos de sanciones económicas contra el Irán) para acompañar a su Presidente. Por la otra parte, Brejnev, a quien se ha visto claramente enfermo en los funerales de Tito y en las reuniones del Pacto de Varsovia, ha realizado este tercer viaje en unos días, como prueba de su enorme importancia y de que, evidentemente, no debía limitarse a una repetición de puntos de vista. El tercer dato es la presencia de Edward Gierrek en la reunión; podría haberse limitado a servir de anfitrión si no tuviera un papel que desarrollar en este acontecimiento.

Al margen de pequeñas infiltraciones —habrá que esperar más para conocer otros datos—, se piensa en la posibilidad de que esta nueva iniciativa trate de formar una especie de comisión de intermediarios: Francia y Polonia. La posición de Francia es suficientemente conocida: ni ha asistido a la reunión de la OTAN —no pertenece militarmente al

tratado— ni quiso abandonar la tribuna de las fiestas del 1 de mayo en Moscú, ni renuncia a participar en los Juegos Olímpicos, ni aplica sanciones: mantiene la necesidad del diálogo, la obligatoriedad de la *détente*. Es, por lo tanto, el país con más capacidad de mediación: si lo toleran los Estados Unidos. En cuanto a Polonia, es una nación posible para representar al Pacto de Varsovia, al que da sede permanentemente; Rumania se ha señalado demasiado en defensa de la aproximación al Oeste y ha terminado siendo una nación hostil a la URSS. Polonia ha representado en las últimas reuniones el papel de un aliado fiel a la URSS, pero defensor de la *détente* y del diálogo.

El problema está en saber cuál es la actitud real y cuál la actitud oficial de los Estados Unidos en este caso. Es decir, si ha conocido y aceptado previamente el papel de Francia en este caso —aun con todas las reservas— o si, por el contrario, lo considera como una defección grave de la solicitada —y no obtenida— unanimidad en la acción occidental.

En cualquier caso, la posición de la URSS y de Polonia no aparecen comprometidas en este diálogo de urgencia en el que, según se dice y es frase usual, se han examinado todos los puntos generales de la situación internacional y las posibilidades de salir de la crisis; pero la de Francia aparece como enormemente comprometida. Un fracaso grave podría aislar a Francia de los Estados Unidos mucho más de lo que está ahora y dificultar la posición de Valéry Giscard d'Estaing dentro de su propio país, donde atraviesa considerables dificultades sociales y económicas.

La posibilidad de que Francia trate de llevar al extremo su política propia, aparecer como cabeza de serie de los países pacifistas del mundo —sobre todo, el Tercer Mundo— y dar toda clase de posibilidades a un neutralismo, arrebatando esa bandera a la nueva izquierda europea, significaría el acontecimiento mayor de la historia de Occidente después de la última guerra mundial, sobre todo en la situación general del mundo. Ni De Gaulle, en tiempos más favorables, se atrevió a ello. ■ Foto: EUROPA.